

El paraíso perdido de Emil Cioran: Rășinari y Sibiu

PABLO JAVIER PÉREZ LÓPEZ



Rășinari es un pueblo de Transilvania, Rumanía, situado en las faldas de los Cárpatos donde nació el escritor Emil Cioran en 1911. Un pueblo del condado transilvano de Sibiu que en ese entonces formaba parte del Imperio Austro-húngaro y tenía por nombre Hermannstadt en alemán y Nagyszeben en húngaro. Esa aldea, siempre se encuentra caracterizada en el imaginario de Cioran como su gran paraíso perdido. El paraíso de una infancia feliz. Tal vez el único paraíso presente en toda su obra. Cioran afirmaba que la suya fue una infancia extremadamente feliz jugando en las montañas sin obligaciones ni deberes.

Cioran recuerda que lo que le gustó, sobre todo, de Rumanía, de su etapa de juventud, pues ya no volvería jamás a su país después de 1937 y tras su estancia en Berlín, fue su «faceta extremadamente primitiva». Hasta los 20 años, su gran pasión era subir a las montañas para pasar el día junto a los campesinos y los pastores, completamente analfabetos. Pasaba el tiempo bebiendo y conversando con ellos y conectaba rápidamente con su espíritu. Lo que nunca le sucedió con los filósofos y los intelectuales. Y lo que según él no debería sorprendernos a nosotros españoles. «Creo que un español puede entender esta faceta primitiva, muy primitiva. Hablábamos de cualquier cosa y yo lograba un contacto casi inmediato con ellos», confesaba. Su fascinación por España tiene la misma raíz. En los dos países, según él, sobrevivía el pueblo llano.

Cuando Cioran ya estaba harto de París, de su farándula literaria y filosófica, persistía en él la nostalgia de Sibiu. El padre de Cioran, como el de, significativamente, algunos de otros poetas e intelectuales rumanos, era pope ortodoxo en Rășinari y a los 10 años envió a Emil al liceo en la ciudad de Sibiu. ¿Tenía diez años cuando lo abandoné para ir al instituto de Sibiu y nunca olvidaré el día o, mejor dicho, la hora en que mi padre me llevó allí. Había alquilado un co-

che de caballos y yo lloré, lloré todo el tiempo, pues tenía el presentimiento de que se había acabado el paraíso». «Fue el final de mi sueño, la ruina de mi mundo», confiesa Cioran en una de sus entrevistas.

En Sibiu, en una pensión que llevaban dos «solteronas

alemanas» aprendió el alemán junto a otros muchachos rumanos llegados de todos los rincones de los Cárpatos. Muchachos que eran considerados por ellas salvajes sin remedio. «En todo caso, después de mi pueblo natal y París, Sibiu —dice Cioran— es la ciudad que

más amo en el mundo, que más amaba en el mundo», confiesa. A los 20 años, en Sibiu perdió el sueño. «Recuerdo que me pasaba horas paseando en plena ciudad: Sibiu es una ciudad muy hermosa, una ciudad alemana que data de la Edad Media. Conque salía hacia la

medianoche y me paseaba, sencillamente, por las calles, sólo había algunas putas y yo en una ciudad vacía, el silencio total: la provincia. Pasaba horas vagabundeando por la ciudad, como un fantasma, y todo lo que he escrito posteriormente fue elaborado durante aquellas noches. Mi primer libro, 'En las cimas de la desesperación' se remonta a aquella época. Es un libro que escribí a los veintidós años, como un testamento, porque pensaba que después me suicidaría, pero sobreviví». Ese fue el origen de su visión del mundo, el momento más extraordinario de su vida, según él.

Allí se produjo también otro hecho que marcó profundamente a Cioran. Un desencanto amoroso con una muchacha que prefirió el compañero más tonto de su clase, cuando tenía 15 años. También en Sibiu tuvo otra revelación sobre la locura, cuando en los jardines de su psiquiátrico, un interno intentó convencerlo de que aquél era el mejor modo de vida porque allí «se vivía sin la menor preocupación».

«Si la palabra nostalgia tiene un sentido, es, a fin de cuentas, el pesar de haber tenido que abandonar una ciudad como aquella e incluso haber tenido que abandonar mi pueblo. En el fondo, el único mundo verdadero es el mundo primitivo, donde todo es posible y nada se actualiza...», escribe.

Cioran recuerda que en una ocasión, el jardinero de la casa de su hermana, que se casó en Hungría, —que parecía ser de mentalidad muy simple, pero no lo era— le preguntó: «¿Joven, ¿por qué lee usted de la mañana a la noche?». «Porque necesito leer», respondió, «es muy importante para mí.» Entonces el jardinero dijo: «La verdad, joven, no la encontrará en los libros». Tenía razón», escribe.

Cioran no pudo desprenderse del fatalismo, de la ironía y de la nostalgia de su tierra natal

En todas esas anécdotas, que actúan sistemáticamente en él como revelaciones, descubrió «el sentido común rumano y húngaro, el humor y mucho encanto». El encanto de un pueblo que vive la vida con una mezcla irrenunciable de alegría sincera y nostalgia, de fatalismo y de ironía. Una nostalgia, intraducible en rumano, el Dor, que se parece mucho a la saudade portuguesa y está, tal como decía Mircea Eliade, en la carne y el hueso, en lo concreto y lo mítico de este singular pueblo.

«Es curioso, el pueblo rumano es el pueblo más fatalista del mundo. Cuando yo era joven, eso me indignaba, el manejo de conceptos metafísicos dudosos —como destino, fatalidad— para explicar el mundo. Pues bien: cuanto más avanzo en edad, más cerca voy sintiéndome de mis orígenes.» Cioran confiesa: «Ahora debería sentirme europeo, occidental, pero no es así en absoluto. Tras una existencia en que he conocido bastantes países y leído muchos libros, he llegado a la conclusión de que era el campesino rumano quien tenía razón. Ese campesino que no cree en nada, que piensa que el hombre está perdido, que no hay nada que hacer, que se sienta aplastado por la historia.»

Hoy que se tiende a pensar a Cioran desde Francia, como francés, sin leer su libro 'Sobre Francia', se hace necesario pasear por este paraíso perdido de Cioran para recordar que toda la sabiduría que encontró allí entre los analfabetos y los pastores, y que siguió buscando entre las prostitutas y los vagabundos de París, fue más importante que todas sus lecturas filosóficas. Cioran no pudo desprenderse del fatalismo, de la ironía y del la nostalgia de esa tierra de donde partió a París para cumplir su aspiración vital: no hacer nada. Ese fue su destino porque nunca escribió la tesis doctoral para la que tuvo una beca, bajo el convencimiento de que «valía más recorrer Francia en bicicleta que escribir una tesis doctoral». Una afirmación que bien podría ser la de uno de esos campesinos rumanos de Rășinari que muestran sin miedo su sencillez y su ironía. Sin recorrer su espíritu rumano Cioran queda incompleto y desconocido. Sin recordar su paraíso perdido su lectura queda huérfana.



Casa natal de Emil Cioran.



Vista de Rășinari. A la derecha, catedral luterana de Santa María de Sibiu. :: REPORTAJE DE P. J. P. LÓPEZ